

## EL CASOBAR DE LA NUEVA HOLANDA.



Museo de Historia natural de Paris.—El casobar de la Nueva Holanda.—Dibujo de Freeman.

El nombre de casobar está aquí alisamente aplicado, pues aunque el ave que se ve en nuestro dibujo tiene ciertas analogías exteriores con el casobar verdadero, difiere de él sin

embargo en caracteres zoológicos esenciales; su cabeza no se halla coronada del casco de hueso que tiene el de la India; su pico también es diferente, su estatura mas alta, y por



último, su patria no es la misma, porque no se halla como el precedente en las islas del Archipiélago indio, sino que habita, como lo indica su nombre de especie, en la Nueva Holanda, donde se le encuentra particularmente en Botany-Bay y en Port-Jackson.

Las analogías de forma exterior entre este casobar y el de la India, son principalmente las siguientes: tiene la altura y el porte del avestruz de América; sus dedos son tres; su cabeza se halla ligeramente cubierta de plumas un poco crespadas, que siendo bastante claras por el pecho, permiten que se distinga el color azulado y á veces purpurino de su piel: su pico es negro, y sus alas estremadamente cortas, mucho mas que las del casobar de la India; sus plumas son oscuras y cenicientas, y forman casi por todo el cuerpo largas listas ó rayas interrumpidas, rizadas en el mismo sentido. Los pequeños se hallan cubiertos de una especie de plumon rayado longitudinalmente de pardo y blanco ceniciento.

Este casobar se alimenta con frutas y yerba tierna; dicen que en los sitios donde vive naturalmente, es muy feroz, y corre mas que un galgo.

En el día, la especie vive mas allá de las montañas, habiendo desaparecido de las localidades en donde ántes existía en abundancia. Por eso se compran á un precio muy subido en las colecciones públicas los que se han podido conservar vivos. La hermosa pareja que posee el Jardin de las Plantas de París escita la sorpresa de cuantos visitan este hermoso establecimiento.

## EL NIDO DE GIGÜEÑAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las págs. 5, 14, 21, 26, 34, 45, 53 y 62.)

—Aquí está, mayor de Steinberg, dijo una voz grave y sonora junto á la puerta; aquí está dispuesto á responder de todos sus actos, y de todas sus faltas si es culpable.

Y al mismo tiempo Frantz se precipitó en el aposento, seguido de sus dos amigos Alberto y Sigismundo.

Whilemina al verle lanzó un grito, y se arrojó hácia él para defenderle de su temible hermano. Pero Frantz la miró melancólicamente sonriendo, y separándola con mano suave, se adelantó solo hácia el mayor.

Este habiamostrado al pronto alguna sorpresa cuando vió la súbita llegada de aquellas tres personas desconocidas; pero bien luego se cambió en una ardiente curiosidad este sentimiento.

Púsose en frente de Frantz fijando en él esa terrible mirada cuya energía pocas personas podían soportar.

En aquel momento sus pupilas lanzaban rayos de fuego; las aberturas de su nariz parecían hincharse como las del caballo de batalla que va á entrar en la pelea y su tostado rostro se veía surcado de anchas y profundas arrugas.

Con su atlética estatura y en aquella actitud provocadora, personificaba el vigor físico y las pasiones brutales, en tanto que Frantz delgado y pálido, hermoso y risueño, reproducía el tipo mas poético de la energía moral.

El baron le examinó cerca de un minuto en silencio, tan grande era el efecto de la cólera en aquella poderosísima naturaleza, que le impedía el decir una palabra.

—¿Sois vos? balbuceó al fin; sois...

—Soy el esposo de Whilemina, replicó Frantz con acento digno y sereno: baron de Steinberg, soy vuestro hermano.

El mayor saltó hácia atrás dos pasos.

—Mi espada! exclamó con voz ronca: en dónde está mi espada?

## XIV.

Frantz se quedó tan sereno como antes con esta demostración amenazadora.

—Dejad vuestra espada, señor mayor, repuso con un ademan lleno de nobleza; antes de hacer uso de ella, creo que un hombre de corazón debe escuchar el lenguaje de la razón y de la verdad... Os suplico que me oigais un momento.

—Yo, hablar friamente del deshonor de mi familia! exclamó el baron arrebatado; yo, discutir con un aventurero desconocido!... Y porqué no? dijo interrumpiéndose á sí mismo con esfuerzo; quiero, y debo escucharle... Moderaré un instante mi indignación, uno solo, y despues... Pero, quien son esos? continuó volviendo sus feroces ojos hácia Alberto y Sigismundo: porqué han venido aquí? qué quieren?

Los dos jóvenes indignados con este lenguaje iban á responder en el mismo tono, cuando Frantz les impuso silencio por medio de un ademan suplicante.

—Señor mayor, repuso éste, yo soy quien tengo que explicar la presencia de mis dos amigos en el Steinberg... Ambos han sido mis padrinos en la ceremonia de mi matrimonio que tuvo lugar antes de anoche en la iglesia católica de Selzbaes, á algunas millas de aquí... y como los dos han firmado el contrato, he creído que debía traerlos aquí para afirmaros un hecho que puede pareceros extraño.

—Estrañó y muy extraño! repuso el baron con amargura; pero no podríais mostrarme ese dichoso contrato...

—No puedo hacerlo sin revelaros un secreto que quisiera tener oculto al mundo entero; el sacerdote que ha bendecido nuestra union ha salido ya de esta comarca, por su seguridad y mi reposo... De este modo os suplico que os contentéis con mi palabra y la de mis amigos.

El mayor permaneció un momento sin responder; los esfuerzos que hacia para moderarse, le quitaban el uso de la palabra.

—Y es eso todo lo que teneis que decirme? murmuró con acento cortado.

—Tengo que deciros, mayor, que ni esa pobre Whilemina ni yo merecemos vuestro desprecio y odio, y que mas bien tenemos derecho á vuestra indulgencia. Esto no ha sido premeditado: ambos hemos seguido el irresistible impulso de nuestros corazones... Viendo á Whilemina como abandonada en esta soledad, apenas supe que tenia un hermano de quien dependía, y quise poderme llamar su protector, su apoyo... Ahora, os suplico humildemente que, como jefe que sois de la familia, ratifiquéis una union quizá algun tanto precipitada; permitidme que haga cuanto esté en mi mano para asegurar la felicidad de Whilemina...

En la modesta oscuridad en que nos proponemos vivir juntos, podremos existir con los recursos con que cuento; no nos falta mas que vuestro perdón y vuestra benevolencia. Mayor de Steinberg, me humillo en vuestra presencia tanto como se puede humillar un hombre de honor delante de otro á quien ha ofendido gravemente. Perdonad á Whilemina, perdonadnos.

Esta mezcla de dignidad y de dulzura habria producido un gran efecto en un hombre de un carácter menos ar-



diente y altanero que el baron de Steinberg, pero en tanto que Frantz hablaba, aquel fruncia las cejas y se mordía sus poblados bigotes con un aire de sombría impaciencia.

— Está muy bien, repuso con la misma sonrisa, ahora no me queda más que entregar á mi hermana, á una hija de la antigua casa de los Steinberg, al señor estudiante Frantz, para que se la lleve á donde quiera, deseándoles toda clase de prosperidades... No es eso lo que me pedís? no es eso lo que quiere esa desvergonzada criatura? .

— No insulteis á Whilemina! exclamó Frantz con presteza; mayor de Steinberg, me he puesto á vuestra discrecion, he consentido en rebajarme en vuestra presencia, pero respetad á esa angélica criatura, porque sabré defenderla, hasta contra su hermano.

— Sin duda en virtud del derecho que os da ese hermoso matrimonio, no es cierto, señor estudiante?

— No sé, señor baron, si es contestable ese matrimonio á los ojos de los hombres, pero es un lazo muy real y verdadero á los ojos de Dios, á los de Whilemina y á los míos, y esto basta. En cuanto á vos...

— Frantz, exclamó Whilemina interrumpiéndole, no discutais con mi hermano, se indignaria, no nos perdonaria ya, y deseo tanto que nos perdone!... Enrique, continuó con acento suplicante, no seais implacable! Reflexionad en el funesto abandono en que me habeis tenido; si soy culpable, no os cabe también á vos una parte en mi culpa? Estaba sin apoyo; la soledad, la tristeza, me hacian insoportable la vida; pareciais haberme olvidado enteramente.

El mayor se levantó dando un brinco.

— Ois lo que está diciendo? exclamó pegando una patada en el suelo. Ahora quiere echarme la culpa de todo lo que ha pasado. Por el alma de mis antepasados, soy yo causa de que se haya entregado al primer estudiante vagabundo que ha venido á mendigar á la puerta del Steinberg?

— Mendigar! exclamó Frantz; mayor de Steinberg, comprendo vuestra justa cólera, pero me sería imposible sufrir mas tiempo el ser tratado de un modo semejante... La sangre que corre en mis venas es tan ardiente y fiera como la vuestra, y mi nombre...

Mas al llegar aquí se detuvo de súbito.

— Veamos ese nombre, exclamó el mayor, nos le diréis al fin?

Frantz guardó silencio.

— Mi querido baron, dijo el caballero Ritter levantándose, me causa compasion el apuro en que os veo... Aunque forastero en estos lugares, sé el nombre de ese jóven, y siento mucho deciros que no es nada brillante.

— No me conocéis á mí! murmuró Frantz con inquietud.

— Os engañais. Vuestro amigo que está ahí detrás, me ha dicho ayer noche vuestros nombres y títulos!... Pero en fin no sois el primer artesano que ha querido pasar por noble!

— Así pues...

— Se llama Frantz Stoppels... y es hijo, segun me han dicho, de un tonelero de Heidelberg.

Las mejillas del mayor tomaron una tinta livida con esta revelacion. Hasta la misma Whilemina se estremeció; pero Alberto Schwartz exclamó con su aturdimiento ordinario:

— Quien ha dicho que Frantz era hijo de...

— Silencio! interrumpió Sigismundo.

— Me habrán engañado acaso? preguntó el sumiller en tono cauteloso.

— No os he engañado, respondió Sigismundo con firmeza. Frantz es el mismo que os he dicho, y estoy seguro, añadió

echando una mirada significativa al esposo de Whilemina que no querrá ocultar por mas tiempo la verdad.

— En efecto, dijo Frantz, con una voz casi ininteligible, un necio amor propio, el temor de que me despreciara Whilemina...

— Su familia es muy conocida en Heidelberg, repuso Sigismundo, y ese atolondrado de Alberto, añadió con acento severo, debe conocerla también... Pero sin duda ha olvidado «que debe estar alerta siempre, porque nadie sabe cuando vendrán el día y la hora.»

Estas sacramentales palabras obraron sobre Schwartz su efecto ordinario.

— Si, sí, Sigismundo tiene razon... olvidaba en efecto... El padre de Frantz es el que hizo este verano un tonel esculpido para el gran duque y...

Muller le impuso silencio con un ademan imperioso, y Alberto se retiró al otro extremo del cuarto murmurando:

— Otra prueba... otra prueba... Nunca podré saber lo que tiene que ver la sociedad con todo esto.

Sin embargo Frantz observaba con una ansiedad singular los movimientos de Whilemina, que al saber la baja estraccion de su esposo, habia mostrado una especie de consternacion: acaso se habia despertado un instante en el fondo de su corazon el orgullo aristocrático, tan poderoso en la nobleza alemana, pero sin embargo, este sentimiento pasó tan rápido como un relámpago. Despues de haber pagado este tributo á la naturaleza humana, la heroica jóven alzó sobre Frantz sus ojos llenos de ternura.

— Frantz, ¿porqué me habeis ocultado vuestro oscuro origen? le dijo con melancolia. Vuestro amor me enorgullece tanto como si hubieseis nacido en las gradas del trono.

El rostro de Frantz resplandeció con una felicidad suprema.

— Ahora estoy seguro de que me prefiere al universo entero! exclamó con entusiasmo: me sacrifica hasta el orgullo de su raza.

Whilemina iba á responder, cuando el mayor, cruzando sus brazos sobre el pecho, dijo con voz atronadora:

— Por todos los demonios del infierno, no veis que estáis abusando de mi paciencia? Basta ya: he estado sosegado y prudente, y ahora que os he oido á los dos, voy á juzgaros.

## XV.

Un profundo silencio reinó en el cuarto abovedado; el mayor se recojió un instante para dar mas solemnidad á sus palabras.

— Whilemina de Steinberg, hermana deshonrada, hija culpable de muchas generaciones de héroes, voy á llevaros á un convento, y de los mas severos, de donde no volveréis á salir jamas!

— No consentiré que me separen de ella! exclamó Frantz con energia, no lo consentiré en tanto que me quede un soplo de vida.

— En cuanto á vos, miserable aventurero, continuó el baron con un acento de rábia mezclada de ironía, no en vano habréis invocado ese título de *hermano* que os habeis dado de motu propio.... Sois estudiante, sabeis manejar una espada, nos batiremos á muerte.

Whilemina lanzó un grito desgarrador.

— Enrique! hermano mio! exclamó con espanto; recaiga sobre mí sola vuestra cólera, pero por piedad, no os arméis



el uno contra el otro... Oh! Dios mio! Dios mio! Esto es lo que temia! Enrique, eso sería un crimen! Y vos, Frantz, acordáos de vuestra promesa, de vuestro juramento!

— Me acuerdo muy bien, Whilelmina, dijo el estudiante con mucha calma; vuestro hermano podrá matarme, que jamas dirigiré contra él la punta de mi espada.

— Oh! gracias, Frantz; sois tan prudente como generoso.

— Qué quiere decir eso? exclamó el mayor apretando los dientes; el miserable hijo del tonelero de Heidelberg rehúsaria el honor de medirse con el baron de Steinberg?

— Señor baron, el hijo de un pobre artesano, siendo honrado y leal, sería un adversario demasiado elevado todavia para un baron orgulloso que ha jugado el nombre y la herencia de sus padres!

Steinberg saltó sobre su espada y la sacó de la vaina; Whilelmina se agarró á sus vestidos arrojando gemidos penetrantes.

Ritter y Schwartz hablaban á la vez, pero sin acercarse, como si la vista de la espada les hubiese helado de espanto. Solo Frantz permanecía impassible en frente del mayor.

— Podeis matarme, dijo con firmeza, pero no me defenderé contra vuestro ataque.

En el mismo instante, Sigismundo se habia lanzado hácia uno de los trofeos que adornaban el cuarto, y se habia apoderado de una daga de forma antigua.

— A mí, señor de Steinberg, dijo alzando su arma; mi amigo Frantz no puede batirse por muchas razones; yo soy el que os pido cuenta de vuestras insolencias.

— Os desafío á todos, exclamó el baron arrastrando siempre en pos de sí á la desgraciada Whilelmina.

Pero Frantz viendo las intenciones de su noble amigo, salió de repente de su inmovilidad, y corriendo á él trató de desarmarle.

— No, Sigismundo, le dijo, no harás tú lo que yo mismo no podria hacer... El baron de Steinberg es sagrado para mí y para mis amigos... se lo he jurado á Whilelmina, y sabré cumplir mi juramento.

— Frantz, has sido insultado por ese hombre; sería indigno de ti...

— Seria indigno de mí que otro se batiese en mi lugar.... Sigismundo, en nombre de nuestra antigua amistad, estate impassible como yo.

Y al decir esto le arrancó la daga.

En ese mismo instante el baron acababa de desembarazarse de su hermana, que, pálida, con los vestidos en desorden, y sueltos los cabellos, se arrastraba por el suelo á sus piés. Viendo á Frantz con el arma en la mano exclamó con un gozo feroz:

— Ah! al cabo mudas de parecer!... Defiéndete, infame aventurero... Y vosotros, continuó dirigiéndose á los asistentes, quitadme de delante á esta mujer.

Frantz viendo venir al baron con su espada desnuda, levantó con presteza su arma por un movimiento maquinal, como un hombre que se pone en guardia; pero casi al instante su determinación se hizo superior á su cólera. Entonces dejó caer la daga, y poniendo el pié encima, á fin de que nadie pudiese apoderarse de ella, exclamó con fuerza:

— Baron de Steinberg, nunca me obligaréis á batirme.

— Pues entonces, respondió el mayor en el coimo ya del frenesí y de la ira, si no quieres batirte como un valiente, muere como un perro.

Y al decir esto le tiró una fuerte estocada, pero Whilelmina se puso delante rapidamente, y en el mismo instante cayó ensangrentada á los piés de su hermano.

Hubo un momento de estupor; el baron, inmóvil, contemplaba con ojos fijos la sangre que se escapaba del pecho de la jóven. Schwartz, Ritter y Sigismundo se acercaron á ella temblando; nadie decia una palabra, y este lúgubre silencio aumentaba mas y mas el horror del espectáculo. Frantz estaba como si hubiese recibido el mismo golpe que Whilelmina; pálido y helado, se hallaba en una situación mas terrible para él que la muerte misma.

La débil voz de la jóven fué la primera que se oyó en medio de aquella consternacion silenciosa.

— Huid, Frantz, huid! aprovecháos de este instante... Si no nos vemos en el mundo, volveremos á encontrarnos en el cielo.

Al sonido de aquella voz querida, Frantz se estremeció; se bajó al suelo, cojió la daga con una presteza extraordinaria, y se lanzó al baron murmurando:

— Vengarla!... vengarla!...

Steinberg se puso en guardia; pero casi en el mismo instante el desgraciado Frantz dejó escapar su arma, sus piernas flaquearon, y sucumbiendo á tan violenta emocion, cayó desmayado al lado de su querida Whilelmina.

Tal era el frenesí del baron, que, aun viendo caido á su enemigo, quiso traspasarle con su espada; pero todos los que estaban presentes se arrojaron á él á un tiempo y lograron contenerle y desarmarle. El mayor rugia como una fiera.

Una hora despues de esta catástrofe, Magdalena Reutner velaba sola á la cabecera de la cama de Whilelmina. La pobre anciana, de rodillas, regaba con sus lágrimas la fria y decolorida mano de la moribunda, y permanecía absorta en su dolor silencioso.

Unas formas blancas pasaban y volvian á pasar por delante de la estrecha ventana que alumbraba el cuarto: eran las cigüeñas que principiaban á construir su nido en lo mas alto de la torre.

Magdalena se levantó silenciosamente.

— Alados protectores de los Steinberg, dijo con acento desconsolado estendiendo su mano sobre la jóven casi inanimada; esta es la felicidad que traeis á los últimos vástagos de esta noble familia?

## XVI.

Despues de la terrible catástrofe que tuvo lugar en la torre del Steinberg, Frantz fué llevado por sus amigos á la posada de Zelter, donde, prodigándole pronto socorros, pudo recobrar el uso de sus sentidos; pero un poco despues le entró una fiebre violenta, y durante algunas semanas temieron por su existencia.

En su delirio tenia siempre á la vista la ensangrentada imagen de Whilelmina, hablaba con ella, la prodigaba los nombres mas tiernos, y despues se deshacia en amenazas é imprecaciones contra el mayor, cuya siniestra figura se le aparecia en sus sueños.

De tiempo en tiempo tenia algunos momentos de reposo, pero entónces el recuerdo de la punzante realidad, sus angustias y sus terrores no tardaban en producir recaidas peores que los primeros ataques de la enfermedad.

Sus dos compañeros, Sigismundo sobre todo, le cuidaban con celo y cariño.

Sin embargo, gracias á los esfuerzos de un buen médico que mandaron á llamar á Manheim, la fuerza de la enferme-



dad fué disminuyendo poco á poco, y un mes despues de los acontecimientos que acabamos de relatar, Frantz habia entrado en el periodo de su convalecencia.

Entretanto todo lo que pasaba en la torre se hallaba envuelto en el mas profundo misterio.

Solo se supo por el caballero Ritter, cuando volvió á la posada el mismo dia de la catástrofe, que el cirujano que llamó el baron, conservaba alguna esperanza de salvar á Whilhelmina; pero Ritter se fué al siguiente dia despues de una conversacion larga y confidencial con Sigismundo, y desde aquel momento no se volvió á tener noticia ninguna del castillo.

El baron se habia encerrado con Whilhelmina, con Magdalena y con su hijo en la torre, y nadie sabia lo que podia pasar detras de aquellos gruesos y sombríos muros.

Sigismundo no ignoraba lo fatal que podia ser para su amigo esta cruel incertidumbre, pero cuantas veces intentó indagar lo que habia sido de la pobre Whilhelmina, otras tantas sus esfuerzos no tuvieron ningun resultado.

Los aldeanos como no tenian la mas minima noticia de lo ocurrido, viendo el castillo cerrado, creian que la señorita de Steinberg se habia marchado á vivir á otra parte con el baron.

(Se continuará.)

VELAZQUEZ.



El Bacanal ó los Borrachos.

Esta es la primera vez que damos en nuestra publicacion un grabado de un cuadro de Velazquez, por cuyo motivo empezaremos por algunos apuntes biográficos.

Don Diego Rodriguez de Silva y Velazquez, nació en Sevilla en 1599, y como la mayor parte de los artistas de su temple, desde muy niño manifestó un gusto y una inclinacion irresistibles por el dibujo y la pintura. Sus padres le enviaron á aprender á la escuela de Herrera, maestro célebre, pero hombre de un carácter terrible; el jóven Velazquez no pudo soportar sus tratamientos, y saliendo de su estudio entró en casa de Francisco Pacheco.

Durante algun tiempo siguió los consejos de su nuevo maestro, pero prestó mucha mas atencion á la naturaleza, ese gran modelo de toda la escuela española. Las frutas, peces, copias de toda clase de objetos, interiores, caprichos y pa-

sajes que pintó con una franqueza extrema, le hicieron adquirir desde luego cierta reputacion. Este fué el principal carácter de su primer estilo, y en este género compuso muchos de sus mejores lienzos, como el *Aguador de Sevilla*, hoy uno de los mejores adornos del Museo de Madrid, y el *Bacanal ó Cuadro de los Borrachos*, de que hablaremos bien luego.

Velazquez unia á su talento un carácter dulce y afable, y una conducta cristiana, pudiéndole aplicar el dicho con que Ciceron pinta al orador, aunque con una ligera modificacion: *Vir probus pingindi peritus*. Por esto Pacheco, que era un hombre de mérito, le dió su hija en casamiento.

A la edad de veintitres años, habiendo visto y estudiado algunas composiciones de Luis Tristan, célebre profesor de Toledo, Velazquez adoptó un estilo que, sin estar exento de



franqueza, fué sin embargo mas suave y armonioso que el primero. El deseo de ver y de estudiar las colecciones de Madrid, del Pardo y del Escorial, le decidió entónces á marchar á la capital, donde su carácter y talento le granjearon al instante la proteccion y la amistad de Juan de Fonseca, canónigo de Sevilla, en'ónces en palacio, el cual, como buen entendedor que era, le mandó hacer su retrato, y con el color fresco todavía, le llevó á los reales aposentos: una mirada de Felipe IV bastó para decidir de la suerte de Velazquez. El rey se mandó retratar también armado de caballero y montado en un magnífico caballo, y el artista fué nombrado pintor de cámara, recibiendo la suma de trescientos ducados de oro para que trajera á Madrid á su familia.

Otro día recorreremos la escala de preciosos favores por donde subió el ilustre gefe de la escuela de Madrid, gracias á los buenos sentimientos que había sabido inspirar al rey; hoy terminaremos este artículo diciendo que el cuadro cuyo grabado damos, es uno de los que colocan á su autor en la categoría de los mas grandes naturalistas.

J. J. ARNOUX.

### EL REFUGIO.

En Lóndres, en el corazon del rico y poderoso barrio de Westminster donde está el palacio, la abadía, los tribunales y las Cámaras en que se elabora la legislación inglesa, casi á los piés de las torres que dominan la orgullosa metrópoli, hay un grupo de casas hediondas, surcado de estrechas y sombrías callejuelas, conocido con el nombre de « Sitio del Diablo. » Allí yacen las heces de una poblacion de dos millones de almas y en medio de esa podredumbre humana ha ido á elegir su domicilio la piadosa é infatigable caridad.

En la calle de Santa Ana encima de la puerta de una casa un poco mas grande y ménos desmantelada que las que la rodean, se lee en gruesos caracteres: *Dormitorio para los pobres; escuela de industria preparatoria para las colonias; refugio abierto para los jóvenes que quieran enmendarse.*

Para ser admitido hay que tener al ménos diez y seis años, porque hasta esa edad pueden entrar en las casas de beneficencia. El Refugio se halla destinado principalmente á los vagabundos y ladrones, de diez y seis á veinte años, que desean abandonar su género de vida, y entregarse en lo sucesivo á honradas y laboriosas tareas.

Como el bien engendra siempre el bien, esta excelente institucion es hija de otra, tambien muy fecunda en buenos resultados, la Escuela de proletarios, fundada en Rye-Sreet, accesible tambien á los que se presentan en ella.

El maestro de esta última escuela sorprendido un día de la insistencia de un jóven vagabundo de diez y seis años que mostraba un ardiente deseo de corregirse, le animó para que asistiese con asiduidad á las clases.

— Y de que me servirá el ir á la escuela por el día, si por las noches tengo que andar por las calles robando para vivir, como hago ahora, — respondió llorando el pobre muchacho.

El obstáculo en efecto era grave. Conmovo con aquel acento de sinceridad, el maestro se resolvió á intentar una esperiencia decisiva, y le dió un cuarto para vivir, y pan para que comiera. Durante cuatro meses el jóven vivió dichoso y contento sometido á este pobre regimen. Aprendió á leer, á escribir y contar, y algunas personas caritativas le pagaron su viaje á Australia, donde se ha portado

perfectamente, dando pruebas de probidad y de inteligencia.

Este primer resultado fué á la vez una recompensa y un impulso para sus generosos protectores, que á la vista de aquel ejemplo decidieron la fundacion del Refugio, en donde no se admite sino á aquellos que confiesan ser vagabundos y ladrones y que declaran querer someterse al regimen de disciplina de la casa. A pesar de estas cláusulas que parece deberian alejar á los pretendientes, se han hecho ya mas de doscientas solicitudes despues de dos años que la institucion existe.

A fin de precaverse contra la mala fé y contra la pereza, hacen sufrir á todo el que entra una dura prueba preparatoria. En los tejados de la casa hay un cuartito sin mas muebles que un jergon y una grosera manta: una familia pobre que vivia en él antes de que la casa hubiese recibido su destino actual, fué diezmada en 1849 por el cólera, que hizo infinitas victimas en el barrio de Westminster. Allí entra todo el que llega, y allí permanece durante quince días á pan y agua, solo consigo mismo, ménos cuando va á las clases, á las que asiste en un sitio aparte, estándole severamente prohibido el sentarse jamas con los internos.

Este noviciado es la piedra de toque de un arrepentimiento sincero. Muchos retroceden ante la prueba, y otros la sufren con paciencia un día ó dos, al cabo de los cuales se retiran, porque habiendo entrado en la casa voluntariamente, nadie les obliga á permanecer, y pueden á la hora que quieran salirse de ella. Los hay que persisten toda una semana, pero solo los que perseveran hasta el fin son juzgados dignos de quedarse en la institucion.

Entónces les dan vestidos decentes porque casi todos llegan cubiertos de harapos; les sacan de su celda, y gozan de los mismos privilegios de los internos. Levantados al rayar el día, su primera ocupacion es la de limpiar la casa de arriba abajo; en seguida almuerzan con pan y cacao, y luego entran en clase. Hay dos cursos, uno para los principiantes, y otro para los mas adelantados, en donde los enseñan las doctrinas fundamentales de la religion, la lectura, la escritura, el cálculo y la geografia, particularmente la de las colonias. El maestro ejerce una intervencion general en todo el establecimiento. La clase superior es dirigida por uno de los jóvenes reformados, de los primeros que entraron en el Refugio, y que muestra una rara aptitud para la enseñanza. La clase inferior está dirigida por un pasante.

Curioso é interesante es el espectáculo que presenta esa reunion de jóvenes, salidos voluntariamente de las sentinas del vicio, y trabajando de buena fé para regenerarse. Aunque vestidos de diferente modo, con trages dados por los bienhechores de la institucion, todos están muy limpios, porque los reglamentos de la casa les obligan á lavarse muy á menudo. En ciertos rostros se halla aun la espresion brutal que tenían al entrar allí. Hay muchas fisonomias en que predomina la astucia, contraída por hábitos antiguos. En su aire inteligente y despierto se conoce facilmente á los primeros internos humanizados ya por el estudio, el órden y el regimen interior de la casa: generalmente hablando, todos aprenden pronto y bien.

Comen en el intervalo que separa las clases de la mañana de las de la tarde. Comen carne tres veces por semana, y los otros días pan y cortezas de tocino. Despues de la cena pasan una hora ó dos en la escuela preparatoria, especie de taller en donde aprenden los oficios de sastre y zapatero. Si un discípulo prefiere aprender la carpintería ó la ebanistería se le proporcionan los medios para ello.

Se acuestan en el suelo en camas separadas, y cuando



la casa está llena de alumnos, las clases se transforman por la noche en dormitorios.

Todos están obligados á asistir el domingo á los oficios cada cual segun su rito, y pueden salir por grupos durante el dia. Cada compañía lleva á la cabeza el de mejor conducta del grupo. Antes de salir le señalan el tiempo que deben estar fuera, estándoles prohibido el pasar por los barrios mal habitados, donde acostumbraban á pasar su vida en otro tiempo. El maestro pone un particular cuidado en irles despojando poco á poco de todos sus antiguos hábitos y en inspirarles el deseo de vivir honradamente para ser útiles á la sociedad que les tiende la mano. Antes de emigrar deben pasar seis meses en el Refugio, por lo ménos. Muestran mucha impaciencia en partir para las colonias, y todos sin escepcion se estremecen con la idea de recurrir á sus antiguos medios de existencia. Ya se han enviado á Australia unos treinta, y el comité que dirige el establecimiento se propone reunir bastantes fondos para poder sostener por término medio cuarenta internos, y una emigracion anual de veinte reformados.

Los rasgos característicos de esta institución son la idea misericordiosa que la ha hecho nacer, su influencia previsorra sobre los delitos, la prudente economía que preside á todos los detalles, y por último la completa libertad que tienen los aspirantes.

Hé aquí dos extractos cortos, pero concluyentes, sacados uno de ellos del Refugio inglés, y el otro de la escuela de pobres de Rye-Street.

« John, diez y seis años. — Admitido el 3 de junio de 1848. — Dormia hacia cuatro meses bajo los arcos de West-Street. — Desde la edad de once años habia vivido solo del robo. — Dos veces en la cárcel. — La cantidad mayor que habia robado de una vez, habia sido soberano y medio. — Sabia leer cuando fue admitido. — Aprendió á escribir y contar. — Permaneció ocho meses en el Refugio. — Buena conducta. — Salió para Australia donde trabaja y se porta bien. »

« Un jóven de catorce años, instruido en la escuela de los pobres, fué enviado á Australia. Habia sido muy mal educado; su madre le enviaba desde que era pequeño á robar ó á pedir limosna. Un año despues que se marchó su hijo, esta mujer sumergida en la mayor miseria, y en visperas de ser echada de su mala vivienda porque no podia pagarla, se presentó en casa del misionero del distrito para consultar con él lo que debia hacer. El consejo que le dió fué que pagara y para ello le dió un soberano que la pobre mujer tomó titubeando, y con el cual dió al casero lo que le debia que importaba 44 chelines, volviendo despues á traer el resto dándole un millon de gracias. El misionero le dijo que se quedase con ello, en atencion á que la moneda entera la pertenecia; en efecto, por un acaso providencial, su hijo se la habia enviado aquella mañana misma, con una carta que la leyó el misionero. La mujer al punto se quedó estupefacta, y por fin se dejó caer sobre una silla deshaciéndose en lágrimas. El contraste de su conducta con la de su hijo la llenó de vergüenza y de remordimientos. En otro tiempo habia sido buena obrera; se puso á trabajar inmediatamente, y en el dia se está preparando para ir á reunirse con su hijo.

#### MAXIMAS DE AUTORES ESPAÑOLES.

El cielo no suele favorecer á la maldad, y es mas justo persuadirse acudir á los que padecen injustamente: ni hay para que desear la felicidad y buena andanza de que tanto

tiempo gozan nuestros enemigos; ántes debeis pensar que Dios acostumbra á dar mayor felicidad y sufrir mas largo tiempo sin castigo aquellos de quien pretende tomar mas entera venganza, y en quien quiere hacer mayor castigo; para que sientan mas la mudanza y miseria en que caen.

MARIANA.

Se sabe bien que esto de los aplausos va en gustos, y que no pocas veces acredita mas la fortuna que el mérito de las obras.

P. ISLA.

Importa siempre empezar bien; y particularmente en la guerra donde los buenos principios sirven al crédito de las armas y al mismo valor de los soldados; siendo como propiedad de la primera ocasion el influir en las que vienen despues, ó el tener no sé qué fuerza oculta sobre los demas sucesos.

SOLIS.

Es ordinario que dure mas la memoria del agravio que de las mercedes.

MARIANA.

Hace mucho al caso para mudar las costumbres del ánimo y del cuerpo, la calidad del mantenimiento con que cada uno se sustenta, y mas en la primera edad.

IDEM.

Yo estoy determinado de mirar mas aina lo que es justo se ponga por escrito, y lo que va conforme á las leyes de la historia, que lo que haya de agradar á nuestra gente: pues no es justo que con flores de semejantes mentiras, fuera de tiempo y razon, se atavie y hermostee la narracion de la historia; ni el lustre y grandeza de las cosas de España, tiene necesidad de semejantes arreos.

IDEM.

#### CURIOSIDADES DE LA ESPOSICION DE LONDRES.

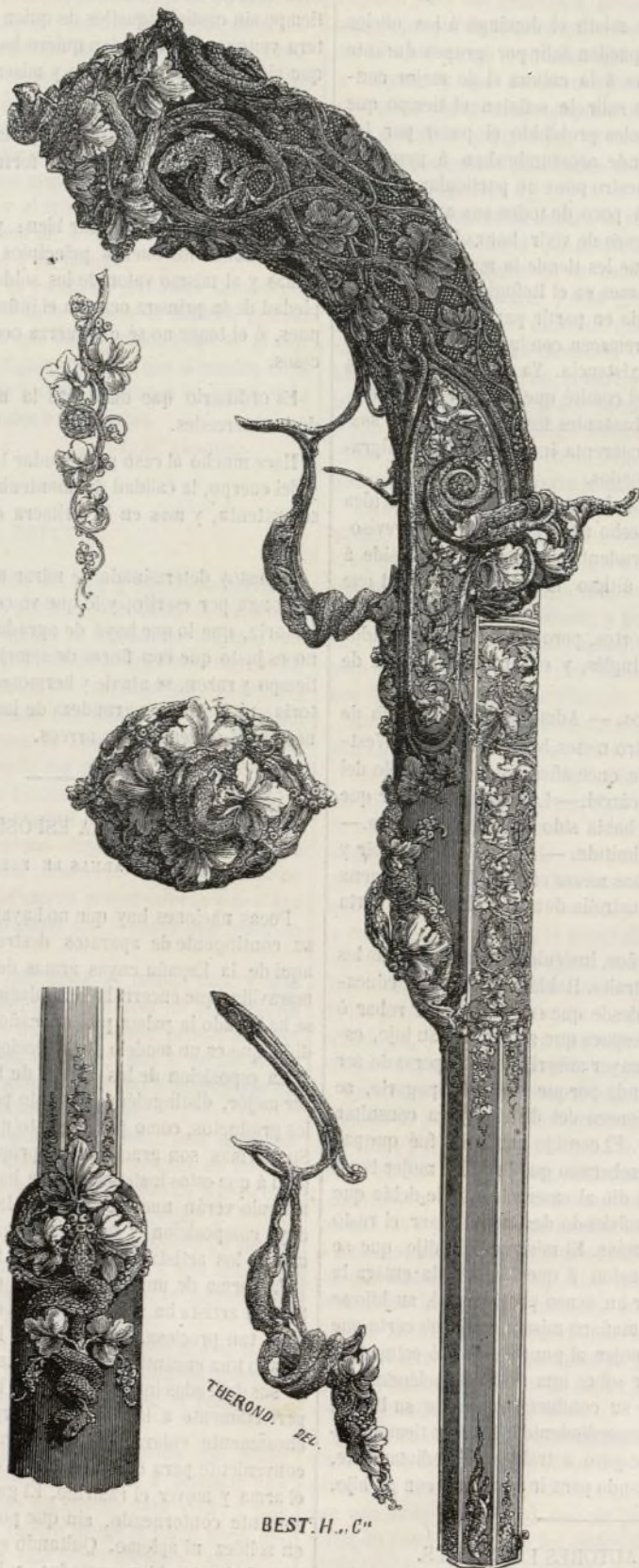
##### ARMAS DE FUEGO.

Pocas naciones hay que no hayan enviado á la Exposicion su contingente de aparatos destructores; pero sin hablar aquí de la España cuyas armas de Toledo eran una de las maravillas que encerraba el Palacio de Cristal, el Zollverein se ha llevado la palma por su cañon de á seis de acero fundido, que es un modelo de perfeccion inimitable.

La exposicion de las armas de fuego francesas no puede ser mejor, distinguiéndose tanto por la excelente calidad de los productos, como por el gusto que reina en los adornos. Sus formas son graciosas y apropiadas sin embargo al objeto á que estos instrumentos se hallan destinados. Con este artículo verán nuestros lectores las pistolas de M. Gauvain, cuya composicion y esculturas son debidas á M. Lienard, uno de los artistas franceses mas fecundos y originales.

La forma de una pistola es ya de suyo bastante ingrata, pero el artista ha sabido cubrirla con objetos de una ejecucion tan preciosa, que se olvida la obra, y cree uno estar viendo una encantadora alhaja. La culata de ébano, á pesar de sus delicadas incrustaciones de hierro cincelado, se adapta perfectamente á la mano. La serpiente y el lagarto, caprichosamente enlazado en el guardamonte, trazan una linea conveniente para que jueguen los dedos que deben soportar el arma y mover el rastrillo. El gatillo tambien está graciosamente contorneado, sin que por eso haya perdido nada en solidez ni aplomo. Quitando esas ondulaciones, esas bonitas hojas tan bien cortadas, y los demas adornos y labores, quedará un arma preciosa, de una solidez y precision admirables y de un alcance extraordinario.





Exposición de Londres.—Pistola de M. Gauvin.—Dibujo de Thérond.